

Del café al diálogo

**LUISA L.
CABREJAS**



En 1992 tuvo lugar en París el primer Café Filosófico: el encuentro entre un filósofo y el público asistente, donde se conversaba sobre las grandes cuestiones que a todos preocupan o sobre temas de actualidad social. En mi caso, y después de más de 600 encuentros durante los últimos seis años en distintas ciudades españolas, la experiencia me ha llevado desde el Café Filosófico –en una evolución natural– hacia el diálogo, el cual puede llegar a resultar un lugar de encuentro creativo con la pregunta como punto de partida y acaso de llegada también. Los diálogos socráticos, la exposición de Bohm en el libro que se menciona (abajo), así como sus diálogos con Jiddu Krishnamurti a lo largo de casi 20 años, han sido mis grandes inspiradores en esta labor.

El diálogo filosófico como aquí se entiende parte de una pregunta. Algunas de las tratadas recientemente han sido: ¿qué buscamos en la vida?, ¿cuál es el propósito del diálogo?, ¿qué hacemos con nuestros problemas?, ¿por qué atenemos a los convencionalismos?, ¿cuál es la tarea del héroe en la actualidad?, ¿en qué consiste el autoconocimiento?, ¿cómo abordamos el hecho de nuestra muerte?, ¿se puede o se debe vivir sin ilusión?, ¿qué es arte? quedando así reavivado el amor por las preguntas entendiendo que la pregunta es el acto fundacional de la Filosofía.

Uno de los éxitos de este tipo de encuentros se basa en evitar la mera yuxtaposición de opiniones, pues convierten el encuentro en una tertulia o ronda de intervenciones sucesivas, pero no en una oportunidad para la indagación. Evitamos, en lo posible, la consideración de situaciones estrictamente personales, así como de temas de actualidad social, e intentamos –si procede– localizar en ellos una raíz filosófica de interés común. En cambio, para que el diálogo resulte vívido y las intervenciones no supongan una mera impostura teórica alejada de nuestra realidad, sí se invita a participar desde nosotros, es decir, que lo expuesto radique en nuestra filosofía real de vida.



GRUPOS PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS PENSANDO

Llegan los cafés filosóficos

La filosofía ha dado el salto a la calle. Cafés, vinos y asesores de pensamiento tienen gran éxito porque ayudan a afrontar los problemas de la vida.

Son las diez y media de la mañana y un grupo de personas llega con puntualidad británica a la sala infantil de la Biblioteca Pública Chamartín, en Madrid. Es la tercera edición, en esta biblioteca, del café filosófico que dirigen Juan Carlos Alonso y María Luisa Cabrejas, de la Asociación Española para la Práctica y el Aseoramiento Filosófico (Asepraf). La entidad intenta conseguir que esta disciplina, hasta ahora encerrada en el ámbito académico, tome de nuevo las calles y las plazas públicas, como ocurría en Grecia en tiempos de Sócrates. No es la primera vez para la mayoría de los asistentes al café filosófico. Para Enma es la tercera y confiesa estar encantada; Javier y Marisa son auténticos incondicionales y acuden a todas las que pueden. Hoy el tema propuesto es el miedo. Todos participan y escuchan con atención: alguien recuerda los miedos infantiles, otro plantea el miedo a la muerte... pero, ¿también hay miedo a vivir?, pregunta Juan Carlos. ¿Es genético? Los miedos son aprendidos contesta Enma. "La muerte no me asusta, pero sí el dolor o la pérdida de calidad de vida", comenta otra persona. María Luisa recuerda una frase de Platón "vivir es aprender a morir". Las ideas y las dudas se suceden con el entusiasmo de todos.

Predisposición. Juan Carlos y María Luisa explican cómo en los cafés que dirigen tratan de huir del diálogo entendido como confrontación: "Intentamos poner el acento en la investigación en conjunto, en la indagación, en profundizar alrededor de un tema, en la capacidad para escuchar al otro y para cuestionarte tus propias creencias, no para negarlas, simplemente se trata de tener cierta predisposición para someterlas a examen".



Aprender a filosofar. En Madrid, como en París en los años noventa, florecen los cafés filosóficos. Por el momento se organizan en las bibliotecas públicas, y asisten entre 15 y 40 personas que sólo quieren indagar sobre su vida. Filosofar y nada más. ¿Para qué sirve la filosofía de los clásicos a inicios del siglo XXI? "Todos funcionamos según un sistema de creencias y una escala de valores, y necesitamos reflexionar al respecto porque nuestras decisiones dependen de ellos. Recibimos excesiva información del exterior, y eso nos hace pasivos y atrofia nuestra facultad para comprender la realidad con nuestros propios recursos". Lo dice María Luisa López Cabrejas, quien junto a Juan Carlos Alonso lleva el gabinete de orientación filosófica Alétheia, que organiza cafés filosóficos en Madrid y León, una idea que podría ser muy útil si mantiene el sentido con que surgió hace 2.000 años: invitar al hombre a reflexionar sobre la vida que vive.

Cuestionando aspectos que se dan por supuesto, se abre la posibilidad de nuevas alternativas



Los cafés filosóficos

Una de las formas del asesoramiento filosófico es la tertulia. Su fin es trasladar la reflexión filosófica a la calle y está abierta al gran público. Sus pioneros, los filósofos María Luisa Cabrejas (secretaria de ASEPRAF) y Juan Carlos Alonso, llevan organizando cafés filosóficos desde hace un año y medio en librerías, cafeterías y bibliotecas de Madrid. "Son tertulias participativas en las que todos los asistentes nos reunimos para reflexionar sobre algún problema filosófico que incida en nuestras vidas", explican. Son gratuitos y tienen una periodicidad semanal. Se lanzan interrogantes que suponen cuestiones filosóficas, intercalando las reflexiones de algunos filósofos al hilo del tema. "No se trata de verter opiniones, sino de indagar -aclara Cabrejas-. Se aborda la realidad concreta sin quedarnos en el plano abstracto de las ideas, lo que nos permite expresar y compartir muchas inquietudes personales encontrando resonancias en los demás". Los temas son diversos, desde los grandes conceptos como la muerte, el amor, la libertad o la educación hasta asuntos más concretos. "Ahondar en estos temas nos ayuda a vivir más conscientemente, pues estas cuestiones no son sólo conceptos, son hechos de nuestra vida y, al profundizar en su sentido, aprendemos a enriquecer nuestra existencia", cuenta Juan Carlos Alonso.

LUISA LÓPEZ CABREJAS

Madrileña, 28 años, filósofa. Secretaria de la Asociación Española para la Práctica del Asesoramiento Filosófico. Ayer intervino en el III Seminario de Escrituras Autobiográficas en el Edificio Quintiliano de la Universidad

«Tratamos de sacar la Filosofía de la jaula en la que vive»

S. IBÁÑEZ / LOGROÑO

Con el café filosófico titulado 'Cuál es el sentido de la vida que vivimos' concluyó ayer en la Universidad de La Rioja el III Seminario de escrituras Autobiográficas. La tertulia estuvo dirigida por los filósofos Juan Carlos Alonso Fernández y Luisa López Cabrejas.

Un filósofo, una filósofa, ¿es un señor o señora que lo sabe todo?

No, por supuesto que no. Es un señor o una señora que se pregunta sobre casi todo.

Una filósofa, ¿acostumbra a hablar sólo de cosas serias?

Porque es la idea que se tiene, tratamos con el asesoramiento de sacar la Filosofía de la jaula en la que vive, en la que es una disciplina muy endogámica que, con palabras extrañas para el público en general, sólo se relaciona consigo misma y con gente que sabe hablar a ese nivel.

¿Cómo piensan reivindicarlo?

Exhibiéndola fuera de las aulas y diciendo que todo el mundo puede hacer filosofía para que nos ayude a todos en nuestra vida.

¿De qué se ocupa en realidad un filósofo?

Se ocupa de la vida, de los retos existenciales del mundo y de la persona.

¿Qué tiene en común un filósofo-a con un psicólogo-a?

El primero atiende a alguien con conflictos no patológicos y un psicólogo o un psiquiatra establece una relación de ayuda con una persona que tiene realmente una patología.

¿Dónde acaba la competencia del uno y dónde comienza el espacio del otro?

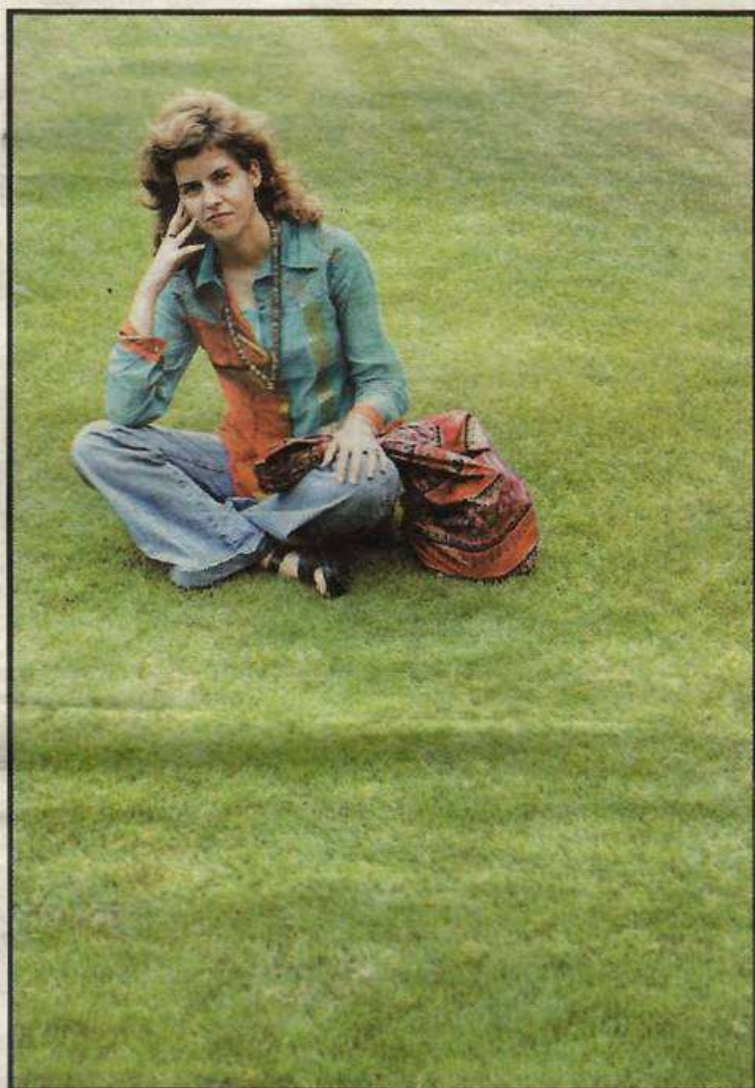


FOTO: CLARA LARREA

«Un filósofo, una filósofa, son señores que se preguntan sobre casi todo»

«Intento decirle que debemos ser más profundos. No tengo yo la panacea»

El de un psicólogo acaba cuando lo que plantea la persona no es un conflicto psicológico o psiquiátrico o patológico, sino que tiene un conflicto existencial, es decir, un problema de valores.

Solicitar una plaza para un padre en una residencia puede plantearle un conflicto al solicitante. ¿A quién debe acudir?

En mi opinión, es competencia de un filósofo, puesto que esa persona no tiene por qué tener un problema de ansiedad, lo que le produce es un conflicto ético porque no sabe si debe cuidar a su padre en casa o delegar en alguien para que lo haga.

Para salir de un triángulo amoroso, por ejemplo, ¿a qué timbre hay que llamar?, ¿a qué consulta hay que acudir?

Esperamos que no haya que acudir a nadie, que uno mismo tenga las herramientas necesarias.

Si está en un sinvivir...

Si esa persona está al borde del suicidio, al psiquiatra, que no quite para que vaya al filósofo que le enseñará a ser él mismo. Un filósofo, que intentará que el paciente tenga su propia guía, nunca impondrá su criterio.

¿Cuál es el sentido de la vida que vivimos?

Cuestionarnos nuestra vida e intentar ser cada día mejores.

Para ese viaje no necesitamos alforjas. Perdona, en mi pueblo lo he oído yo siempre y no a toda una señora filósofa...

Intento decirle que debemos ser más profundos, más serios... No tengo yo la panacea.

¿Usted se pondría en manos de una filósofa?

Probablemente, sí.